

**J.S. MILL. CAPÍTULOS SOBRE EL SOCIALISMO.
LA CIVILIZACIÓN: SEÑALES DE LOS TIEMPOS.
TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE CARLOS
MELLIZO CUADRADO. ALIANZA EDITORIAL,
MADRID, 2012.**

José Manuel Fernández Barreiro

Universidad de A Coruña

En esta edición, prologada y traducida por Carlos Mellizo Cuadrado (profesor emérito de la University of Wyoming), se nos brinda la posibilidad de comprender mejor los *Capítulos sobre el socialismo* y *La civilización: señales de los tiempos* de John Stuart Mill, dos obras breves, pero claves para entender la relación de Mill con el socialismo y su lúcida visión de la sociedad en la que le tocó vivir. Así, a través de las páginas de esta edición, podemos conocer a un Mill abierto hacia lo que los socialistas tienen que decir y receptivo a escuchar y analizar sus planteamientos y, por otra parte, nos permite penetrar en los planteamientos morales y políticos de Mill a través del personal e interesante análisis del progreso social y sus consecuencias que supone *La civilización: señales de los tiempos*.

Los *Capítulos sobre el socialismo* fueron recopilados por su hijastra Helen Taylor y publicados póstumamente en la *Fortnightly Review* entre los meses de febrero y abril de 1879. Según Mellizo, estos textos fueron motivados por la aparición de las ideas socialistas en Europa y América que atrajeron la atención de Mill. Así, se propuso su estudio como una alternativa a las ideas de la época, alentado también, según su *Autobiografía*, por la influencia de Harriet Taylor y sus relaciones con los discípulos de Saint-Simon. Pero el objetivo de Mill, según Mellizo (y así también lo señala Mill en su propia obra), no es defender o rechazar el socialismo, sino hacer un análisis pormenorizado de dicha teoría y del capitalismo, enfrentándolos, para llegar a una conclusión objetiva e imparcial al respecto de ambas posiciones (p.13), tal y como apunta también Helen Taylor en su nota preliminar a la obra (pp. 35-36).

Los *Capítulos* se estructuran en cuatro partes según su contenido:

La primera parte (“Capítulo 1. Objeciones socialistas al orden presente de la sociedad”) consiste en la exposición de las críticas que el socialismo dirige al sistema capitalista, en especial, al concepto de la libre competencia y sus consecuencias derivadas. Mill reconoce aquí el mérito que posee el socialismo en algunas de sus objeciones, pero también señala lo exagerado que hay en la teoría socialista. Nos dice que en toda teoría hay dos caras: una crítica y otra constructiva. Así, se propone comenzar enumerando las críticas que el socialismo plantea al sistema vigente y en las que coinciden las diversas posturas socialistas. El actual sistema produce males morales y físicos que no pueden ser aceptados y vienen derivados de la organización de la propiedad, de la producción y de la distribución de la riqueza.

El primer mal que cabe señalar es la pobreza. La propiedad está en manos de las clases más pudientes y para obtener un beneficio de esa propiedad, es necesario utilizar a la clase trabajadora. Sin embargo, esta clase no consigue un beneficio acorde con su trabajo y las privaciones que tiene que sufrir. Además, aquellos que no pueden trabajar y se encuentran en situación de pobreza son apartados de la sociedad. Más aún, se justifica su situación en su debilidad o incapacidad de competir con sus semejantes, lo que es todavía más ultrajante y perpetúa la injusticia social. No es justo que una persona, sin merecerlo, esté en situación de pobreza, mientras que otros, por haber recibido una buena herencia y sin haber hecho nada por conseguirla, se encuentran en una situación privilegiada. Pero es algo que Mill estima difícil de cambiar, ya que entiende que, en el estado actual de la sociedad, estamos determinados por nuestro nacimiento y nuestro contexto social. Aún cuando alguien se hace rico sin haber nacido así, es porque hay un contexto que lo puede permitir. Además, señala dos causas secundarias por las cuales uno puede llegar a gozar de una buena vida: lo accidental y la buena suerte (tienen que darse una serie de circunstancias apropiadas para prosperar); y las energías y los talentos individuales. Dentro de esta última causa se encuentran tanto las virtudes, como los vicios. Es decir, la honestidad puede servirnos para prosperar, pero no proporciona mayor ventaja (e incluso puede que menos) que hacer uso de otras cualidades como el servilismo, la adulación o el egoísmo.

El segundo mal es la mala conducta humana con todos sus vicios consecuentes (crimen, vicio e insensatez), que pueden atribuirse, casi en su totalidad, a la pobreza, a la ociosidad (entendida como holgazanería) y a la mala educación o, directamente, a la falta de la misma.

Todas estas causas se derivan de una mala organización social. Los socialistas plantean que la base del problema radica en la “*producción y el reparto de todos los productos materiales*” (p. 56), ya que de ellos se genera el individualismo, la competencia y la lucha de clases con intereses opuestos. Esto hace que para que unos ganen, otros tengan que perder. Así, no hay convergencia ni armonía en los intereses de los individuos y esto es perjudicial desde el punto de vista moral, económico y social.

Moralmente, es perjudicial porque nos enfrenta y nos lleva a la envidia, al odio y a la falta de caridad.

Económicamente, Mill recoge las objeciones de M. Louis Blanc en su *Organisation du Travail*. Así, para este autor, la competencia individual es causa de los bajos salarios. Los obreros compiten entre sí por un trabajo y vence el que trabaja por menos dinero. El resto siguen en la pobreza y el ganador lo es solo hasta que otro obrero esté dispuesto a trabajar por menos. La libre competencia lleva a un enfrentamiento permanente entre los miembros de la clase trabajadora que lucharán hasta su propio exterminio. Esto produce pobreza y la pobreza puede conducir a malas conductas. Dado que el principio de competencia no ha previsto cómo se puede ubicar a la gente que ha sido desplazada del sistema, es moralmente reprochable. Además, la ausencia de control de la natalidad entre las clases menos pudientes está llevando al sistema al colapso (aumenta la natalidad, pero no la demanda de trabajo) y a la situación de elegir entre mantener gratis a los pobres o acabar con ellos. Por tanto, el sistema parece insostenible.

Por otra parte, produce ruina y bancarrota a los productores. La competencia lleva consigo el abaratamiento de los productos que, en principio, beneficia al consumidor. Sin embargo, solo es bueno mientras exista una lucha pareja entre competidores. Lo que ocurre es que, una vez los más fuertes vencen a los más débiles, los precios suben al antojo de los que han copado el mercado. Este sistema beneficia a los grandes terratenientes (concentración de riqueza en una minoría -individuos o compañías-), que cada vez pueden producir y vender más barato, acabando por monopolizar el mercado y estableciendo una relación de superioridad y servidumbre con sus trabajadores, dando lugar a lo que Blanc denomina el “*nuevo feudalismo*” (p. 58) o, según Fourier, el “*feudalismo industrial*” (pp. 81-82). La competencia, al aumentar la oferta (al mismo tiempo, según Blanc, que disminuye el consumo), lleva al problema de la sobreproducción que repercute

en los productores (si no venden, acaban en la bancarrota) y en los obreros (si no se vende lo suficiente, se les bajan los salarios).

Además, recoge Mill las críticas del socialismo al capitalismo por boca de Víctor Prosper Considérant, discípulo de Fourier y principal propagador de sus ideas. Se pueden resumir en una serie de puntos:

1-Debido a la mala organización del sistema, se malgastan recursos y potencial humano. Si la organización fuera mejor, no tendría que existir policía, ni jueces, ni abogados. Tampoco existirían otros “inadaptados” improductivos como prostitutas, mendigos, presidiarios, ladrones, estafadores, ociosos, etc. Es decir, todas estas profesiones son generadas por un sistema mal concebido.

2-La industria, tal y como está concebida, no es todo lo productiva que debe ser. No hay organización coherente y además, la tierra no está aprovechada porque pertenece a grandes propietarios que no la explotan ni dejan a otros explotarla.

3-Hay una división de clases o categorías, fruto del conflicto de intereses entre ellas.

4-La organización del mercado (producción, distribución y venta) es perjudicial para la sociedad. Existen demasiados intermediarios que encarecen el precio del producto y, además, poseen intereses opuestos a los de los consumidores (a los que quieren vender caro) y a los de los productores (a los que quieren comprar barato).

5- La libre competencia hace que los traficantes y comerciantes tengan, en realidad, un derecho de propiedad sobre los productos. Pueden hacer lo que quieran con ellos, acumularlos o destruirlos si eso les garantiza mayores beneficios. Manejan los precios y al mercado a su antojo.

6-Fomenta la usura y la especulación abusiva, ya que permite que el capitalista obtenga intereses de un capital ficticio (a través de créditos y pagarés). Además, la riqueza no revierte en la sociedad, sino que se acumula en manos del capitalista, que deja de ser productivo e incluso contraproducente para ella tal y como se organiza en la actualidad.

7- Hay demasiados intermediarios y el producto va encareciéndose en cada paso, lo que influye negativamente en el consumidor final, pero también en el productor inicial, que ve como un producto que le fue comprado por un bajo precio, adquiere un valor final del que no obtiene mayor beneficio.

8-Se fomenta el rechazo al trabajo, dado que se asume que el único motivo para trabajar es escapar de la pobreza. Al estar mal organi-

zado y repartido, el trabajo no se asocia al placer, si no al “*dolor, al aburrimiento y el disgusto*” (pp. 80-81). Así, las clases pobres están abocadas a trabajar, sea cual sea el régimen en el que lo hagan, si no quieren acabar en la miseria, mientras que las clases ricas, no trabajarán porque se ha concebido el trabajo solo en caso de necesidad.

Owen (*Book of the New Moral*) también incide en estas críticas y advierte de la aparición de una nueva clase social cuyo trabajo es “*comprar a uno*” para “*vender a otros*” (p. 76). Para Owen, hay tres clases de vendedores-compradores (pequeños o minoristas; medianos o mayoristas; y grandes o super-mayoristas. Cada uno de ellos tienen intereses opuestos y en conflicto. Sus relaciones se basan en un sistema de fraude para intentar conseguir el mayor beneficio a costa de perjudicar al otro. Además, señala también la sobreproducción y proliferación excesiva de negocios como resultado de la competencia y, al mismo tiempo, esta competencia hace que tengan que bajar los precios. Para mantener esos precios se perjudica al productor, dado que el comerciante va a comprar “*gangas*”, es decir, bienes que se venden a un coste más bajo que el de producción. Esto también afecta a la calidad del producto final, dado que cuanto más se abaraten los costes de producción y más competencia exista por bajar el precio final de un producto, más se va a resentir la calidad. Cuando esto afecta a productos comestibles, el riesgo hacia la salud es evidente.

La segunda parte (“Capítulo 2. Se examinan las objeciones socialistas al orden presente de la sociedad”) lleva a Mill hacia la depuración de la teoría socialista, eliminando las exageraciones que él pensaba que albergaba. Este trabajo de filtrado le hace considerar la teoría socialista como apta para ser tenida en consideración y, aunque reconoce que algunos de sus argumentos contra el capitalismo son innegables, deja patente su rechazo a algunos de sus principios generales.

Así pues, refuta la idea de que los salarios estén decreciendo en términos generales y afirma que la tendencia es, justamente, la contraria. Asume que existen determinados sectores (ramas) de la industria que son sustituidos por otro y que estas industrias nuevas pueden ofrecer salarios bajos hasta que se acomodan a la demanda, pero todo acaba por equilibrarse y si hay pérdida de salarios en un tipo de empleo, habrá un aumento en otro. Entiende que, al aumentar la población y la escala de las transacciones, el número de afectados puede aumentar proporcionalmente, pero no la intensidad de ese sufrimiento sobre cada individuo en particular. Por tanto, no considera que exista

una tendencia negativa en este sentido, sino momentos puntuales que pueden ser consecuencia de malas decisiones de un gobierno, de leyes defectuosas o de eventos desastrosos no permanente y, en cualquier caso, estas causas son siempre subsanables.

Sobre la relación entre el aumento de población y los medios de subsistencia, considera Mill que los socialistas (Owen, Fourier, Blanc) entendieron que había que tratar este problema, pero también cree que este mal no es del todo preocupante y que, cuanto más avance la educación de toda la población, más irá disminuyendo este problema.

Critica, además, la visión parcial que dan los socialistas de la libre competencia. Para Mill, cuanto más sea perfectamente libre la competencia entre todos los competidores, más tenderán a equilibrarse los precios de los productos y, dado que los socialistas pretenden nivelar las desigualdades, deberían tener en cuenta este efecto beneficioso. Incluso asumiendo que la competencia lleve a mantener los precios bajos, esto sería bueno para la clase obrera que, gozando de un sueldo bajo, podría acceder igualmente a dichos productos. Además, no cree que la libre competencia elimine a los competidores débiles y fomente el monopolio, aunque, de alguna forma, da entender que puede darse el caso de que los negocios con mayor capital eliminen a los negocios más pequeños, por su mayor capacidad económica para adquirir maquinaria o por implantar formas más optimizadas de llevar un negocio. Esto hará que el comerciante grande pueda ofrecer productos más baratos que si estos se produjeran a menor escala. Sin embargo, la competencia siempre existirá, aunque sea entre esos capitalistas que han superado a los comerciantes más pequeños, por lo que, al mantenerse la competencia, también lo harán los precios.

Por otra parte, cree que hay casos en los que está justificado que el Estado intervenga en detrimento de la libre competencia, como el caso de los transportes públicos, que no podría dejarse en manos privadas sin más y, o bien debería ser asumido por el Estado, o bien debería ser administrado por él bajo unas determinadas condiciones.

Sin embargo, sí reconoce que la competencia puede llevar a la pérdida de calidad de los productos. Dado que las transacciones son ahora a mayor escala, se ha perdido la relación directa del vendedor con sus clientes. Antes importaba la reputación del vendedor, que vendía a pequeña escala y a clientes permanentes. Ahora, la nueva escala de las transacciones, el aumento de la competencia y el crecimiento del mercado hacen que no se dependa tanto de esa clientela fija y es más importante y se propaga más públicamente el bajo precio que

ofrece un vendedor, que la calidad de sus productos. Por otra parte, la fortuna de los comerciantes es un factor de atracción para que otros se dediquen a ello, que se vuelcan hacia ese negocio atraídos por una malsana ambición. Cuanto más crece el negocio, mayor es la especulación y también aumentan las posibilidades de fraude. Al final, todos los implicados en el proceso, entran en el juego y los compradores, aún a sabiendas de que los bajos precios son producto de un fraude, los adquieren por ser más baratos. Así, el comerciante honesto que no ha sustentado su negocio en el fraude, no puede competir con el abaratamiento de precios de sus deshonestos competidores. Es así como el fraude se perpetúa y se hace crónico, deteriorando a pasos agigantados la moral de las clases comerciantes.

Así, coincide Mill con los socialistas en este mal, pero también cree que existen medidas que pueden tomarse desde la sociedad actual (p.ej. legislar duramente al respecto y aplicar las leyes correctamente). También cree que este mal podría evitarse con la expansión de los *“almacenes en régimen de cooperativa”* (p.93), que ya han probado su éxito a menor escala y que él considera que deberían ser el modelo en el que sustentar el comercio. Estas cooperativas permitirían comprar los artículos directamente al mayorista o, incluso, a los propios productores, evitando la intermediación de otros agentes perniciosos, causantes de fraude y/o adulteraciones y del encarecimiento del producto final. La distribución de los productos estaría a cargo de unos *“agentes seleccionados y pagados por quienes no tienen interés en otra cosa que no sea el bajo precio del artículo y su buena calidad”* (p.93). Considera Mill que esta solución de las cooperativas se deriva de los principios socialistas y, al mismo tiempo, es compatible con el régimen actual de propiedad.

Por otra parte, entiende que se es demasiado condescendiente (por la ley y por la opinión pública) con la deshonestidad en los negocios, dado que, en caso de quiebra, nunca se actúa de manera contundente contra el quebrador, sino que la ley se preocupa únicamente por la restauración del dinero a los acreedores, quedando impunes las acciones del negocio que ha quebrado que, además, puede declararse insolvente para evitar cualquier medida en su contra.

Mill refuta la idea socialista de que la distribución del producto es injusta (desigualdades en la distribución del producto entre el capital y el trabajo) en la medida en que hay un desequilibrio entre lo que reciben los capitalistas y lo que va a parar a las manos de los obreros. Dado que el capitalista asume el riesgo de la inversión y los gastos a

los que tiene que hacer frente con el capital generado (seguros, salarios, constitución de un remanente para casos de pérdidas o crisis), finalmente el capitalista recibe una remuneración adecuada a su trabajo y responsabilidad.

Tampoco comparte la visión pesimista de los socialistas que afirman que el ser humano camina hacia *“un estado de indigencia y esclavitud generales, del que únicamente el socialismo puede salvarnos”* (p.101) y cree firmemente que el ser humano tiende, progresivamente, hacia una sociedad mejor.

Comienza Mill el tercer capítulo (“Capítulo 3. Las dificultades del socialismo”) estableciendo una diferenciación entre las dos principales posturas que conforman el socialismo: el socialismo a pequeña escala (socialismo “filosófico” o “reflexivo”), que buscaría hacer frente al capitalismo a través de comunidades utópicas para luego ir extendiéndose progresivamente (representado en Owen o Fourier); y el socialismo revolucionario, caracterizado por un gobierno central que controla la producción, manejado por el proletariado, pero construido sobre y por el odio. La posición de Mill es considerar la primera opción como la más realista y aplicable, ya que piensa firmemente que el cambio debe ser progresivo y se debe construir a partir de la educación y del respeto a la persona. Si triunfara el segundo tipo de socialismo, sería a costa de la imposición y conllevaría un importante sufrimiento para la sociedad, además de que eliminaría cualquier elemento ventajoso alcanzado por la sociedad actual al imponer una totalmente nueva y que, además, no ha sido probada anteriormente. El único consuelo para estos socialistas revolucionarios sería, según Mill, que podrían ver en la ruina a todos aquellos que gozan de una buena existencia en el sistema actual y que el sistema, tal y como se conoce, desaparecía de la noche a la mañana. Lo que se conseguiría, pues, sería deshacer el camino y volver a un estado de conflicto y caos, que provocaría una miseria generalizada.

Se plantea, pues, dilucidar, tomando como base el comunismo (igual división del producto entre todos los participantes), si la gestión de una asociación de este tipo puede ser tan exitosa como la administrada por el capital privado, estableciendo una serie de objeciones para una gestión de tipo comunista.

Desde el punto de vista de los gestores/directores, su motivación se vería reducida a la mínima expresión. En el sistema capitalista, los propietarios o responsables del capital ven recompensada su buena gestión con un mayor beneficio. Por tanto, estarán motivados para

gestionar de forma adecuada la empresa y, cuanto mayor sea beneficio, mayor poder tendrán para emplear a nuevos trabajadores o para pagar mejor a los que ya tienen. En el caso del comunismo, dado que van a recibir el mismo beneficio que los demás, la motivación decrecería y la única opción posible para recibir más beneficios sería aumentar el beneficio total para que el dividendo fuera mayor. Además, señala Mill que el único motivo que lleva a los hombres a trabajar es el del interés personal (mejorar su condición económica), por lo que no puede esperarse que los directores de una empresa hagan del deber y el honor sus principios rectores. Así, pretender que se rijan por ellos, como sería necesario en un sistema comunista, es quimérico. La solución estaría en la educación, ya que el propio Mill admite que la sociedad actual no está preparada para asumir tales principios y que será necesario mucho tiempo hasta que pueda hacerlo y el interés personal deje de ser el principio que guíe la actuación de los hombres.

Por otra parte, esta ausencia de motivación para ser gerente haría que dicho cargo no siempre estuviera en manos de los mejor preparados, por no poder ofrecer las suficientes recompensas. En un sistema capitalista, el gerente, si es el propio capitalista, tendrá una motivación por sí mismo y, si es contratado, recibirá un sueldo mayor que el del resto y tendrá posibilidades para ascender en el escalafón social y económico. La solución para un sistema comunista sería que las personas más capacitadas para la gestión fueran forzadas a asumirla. Sin embargo, Mill cree que esto solo ocurriría en situaciones extremas donde es evidente que se va a acabar en la ruina, pero no se aplicaría como regla general, dado que el ser humano no actuaría de esa manera solo movido por una posibilidad de mejora general.

Aún así, reconoce que es posible que un sistema comunista pueda contar con mejores gerentes, dado que podrían ser despedidos en el caso de no cumplir con lo que se pretende de ellos y tendrían un conocimiento más profundo y práctico que los “gerentes por herencia” (es decir, capitalistas que poseen el dinero para establecer una empresa, pero que podría darse el caso de que no supieran como gestionarla).

Al mismo tiempo, los gestores comunistas tendrían que hacer frente a una dificultad mayor para introducir cambios. El gerente tendría que contar con la aprobación de la mayoría de la comunidad para realizar cualquier cambio, por lo que prevalecería el inmovilismo. Además, una administración capitalista es preferible a una comunista porque está más abierta a hacer sacrificios y a asumir riesgos para

alcanzar nuevas ventajas, lo que es imprescindible para mejorar la condición humana desde una perspectiva económica.

Desde el punto de vista de las clases trabajadoras, habría que lidiar con el escaso interés de los obreros por su rendimiento. Mill reconoce que ocurre lo mismo en el régimen actual, donde los trabajadores, al estar remunerados por un sueldo fijo, no tienen un interés directo en el rendimiento de su trabajo. Entiende Mill que, en un sistema comunista, esto podría corregirse, dado que al haber una producción y un reparto común, los trabajadores se aplicarían más y mejor. Sin embargo, también cree que este problema podría corregirse desde el sistema actual. Un mecanismo podría ser el “trabajo a destajo” (pago por unidades producidas), dado que así el obrero tendría mayor interés en producir más. Pero Mill es consciente del peligro que tiene este sistema de trabajo para el obrero, dado que el capitalista puede abusar de él y establecer un mínimo que fuera inalcanzable para el trabajador, de tal manera que tuviera que producir por encima de sus posibilidades reales para poder obtener un salario justo.

Además, el comunismo no tiene en cuenta las capacidades de los individuos para cada trabajo. Dado que se plantea que es justo que todos los que participan en el trabajo reciban el mismo pago y asume que existen trabajos más penosos que otros, la solución del comunismo es que los individuos tendrían que turnarse en los diferentes tipos de trabajo. Esto reduciría la productividad, porque no se aprovecha la preparación y capacidad de cada individuo para un determinado tipo de trabajo y, además, impide la especialización de los obreros. Aún más, sería injusto exigir la misma cantidad de trabajo a todos los miembros, dado que, por las condiciones propias de cada persona, lo que para unos sería un trabajo fácil, para otros sería imposible llevarlo a cabo.

Tampoco es ajeno Mill a las discordias derivadas del trabajo que se producirían en un sistema de este tipo. Puesto que hay que tener en cuenta a los seres humanos ordinarios con todas sus virtudes y defectos, es muy posible que se generen discordias debido a la distribución del trabajo. Al existir individuos que no se esforzarían en trabajar y esperarían que otros lo hicieran por ellos, se generarían disputas importantes. También, y aunque el comunismo afirma que no se producirían disputas por elementos materiales, sí que surgirían rivalidades por gozar de mejor reputación y poder personal que los otros. En un sistema capitalista, esta rivalidad se da en un campo económico, mientras que en un sistema comunista se trasladaría al campo de la

administración. Por ello, no sería fácil mantener la unidad, requisito indispensable para el funcionamiento del sistema.

La solución, para Mill, son las asociaciones industriales. Consisten en que todos los trabajadores tengan una participación en los beneficios. Es decir, cada trabajador recibirían una proporción de los beneficios de la empresa, una vez descontada la remuneración correspondiente al capitalista. Esto haría que los trabajadores se implicasen más en su trabajo y, al mismo tiempo, al aumentar la producción, también lo harían los beneficios de los obreros. Además, se conseguiría mantener la motivación de los directores/gerentes, dado que recibirían mayores beneficios que cada obrero individualmente y serían aún mayores cuanto mejor se desarrollara la gestión del negocio.

Existen otras críticas, menos centradas en el ámbito puramente económico y laboral, que Mill dirige hacia el comunismo. Una de ellas es la falta de autonomía de los individuos para tomar decisiones. No se deja margen a los individuos a decidir en algunos ámbitos de gran importancia, como la educación. Mill, muy inteligentemente, señala que el socialismo, más que ninguna otra teoría, se preocupa de la educación de la sociedad porque requiere, más que ningún otro sistema, de unos valores morales e intelectuales bien definidos. El problema en este ámbito es que no dejaría margen a los padres para decidir cómo educar a sus hijos y, además, dado que la educación en un sistema comunista debería tener en cuenta a toda la sociedad, cualquier miembro de ella tendría que tener la misma posibilidad de expresar su opinión o sugerencia al respecto, pero sin posibilidad de intervenir en ella más allá de la influencia que pudiera ser capaz de ejercer en el resto de la comunidad.

La otra gran crítica y, al mismo tiempo, la más importante para Mill es la restricción de la libertad que se produciría en un sistema de este tipo. En el comunismo, los deseos y opiniones individuales se subordinan a los intereses de mayoría, esto es, a una autoridad pública. Esto limitaría el desarrollo del individuo y la capacidad para experimentar por sí mismo. En una genial cita, que sintetiza enérgicamente sus dudas hacia el socialismo, nos dice Mill:

“Los obstáculos que se interfieren en el progreso humano son siempre grandes y requieren una concurrencia de circunstancias favorables para superarlos; pero una condición indispensable para que tenga lugar esta superación es que la naturaleza humana tenga libertad de expansionarse espontáneamente en varias direcciones, tanto en el pensamiento como en la praxis; que las gentes piensen y hagan expe-

rimentos por sí mismas, y no entreguen a los gobernantes, ya actúen en nombre de unos pocos o de la mayoría, la faena de pensar por ellas y de prescribir cómo deben actuar” (p. 120).

Aún a pesar de todo, Mill cree que el socialismo merece ser puesto a prueba, pero, en el estado actual de la sociedad, solo puede ser experimentado por una élite educada y solamente podrá tener éxito en la medida en que esa élite sea capaz de educar al resto de seres humanos en esta tarea. Cualquier vía impositiva o violenta para imponer el socialismo, estaría abocada al fracaso. De todas las teorías socialistas, es quizás el *fourierismo* la que Mill cree más realista y pragmática por requerir menos esfuerzo de los individuos de la sociedad actual.

La última parte (“Capítulo 4. La idea de propiedad privada, no fija sino variable”) recoge las alternativas propuestas por Mill sobre la propiedad privada. Señala Mill, una vez más, que la puesta en práctica del socialismo requeriría de unas condiciones morales e intelectuales en la sociedad que no se dan y que, además, tardarían mucho en poder alcanzarse. Por ello, la superación de la propiedad privada y la competencia no es factible en el estado actual. Así, Mill entiende que la propiedad privada estará vigente por mucho tiempo, aunque cree que es un concepto cambiante, susceptible de ser modificado para hacer que sea más justo con los que ahora obtienen menor beneficio de él e, incluso, tendente hacia la extinción si se alcanzan las circunstancias adecuadas para la implantación de un sistema socialista. Es más, llega a justificar la expropiación de la propiedad si esto repercute en el bien público, eso sí, con una adecuada compensación.

La otra obra que compone esta edición es *Civilization (La civilización)*, que fue publicada en la *London and Westminster Review* en abril de 1836, reimpressa en 1837 y nuevamente impresa en 1859 en *Dissertations and Discussions* bajo el subtítulo *Signs of the Times (Señales de los tiempos)*. En este ensayo, Mill analiza los peligros de un gobierno representativo. Tal y como señala Mellizo, deja patente su temor a que se tienda hacia la aplicación “*de un criterio de igualdad basado en la mediocridad, no en la excelencia*” (p.21). Para Mill, la civilización constituye un proceso por el cual se pasa de un estado de barbarie a un sistema en el que los individuos se asocian en busca de seguridad. En este proceso, el individuo va perdiendo peso en favor de las masas y, al mismo tiempo, depende cada vez más de agentes externos que garantizan su seguridad (cuerpos de seguridad, gobierno, justicia, etc.) y mucho menos de sí mismo, mermando así la “energía de carácter” del individuo. Por otra parte, el poder residente

en las élites se diluye en las masas, conforme se avanza hacia una mayor civilización, si bien Mill parece no estar muy de acuerdo con esta consecuencia, al entender que es necesaria una minoría bien formada que sirva de orientación a las masas. Esta minoría, según Mill, no ha sabido jugar su papel ni adaptarse a los tiempos y necesita reaccionar para desarrollar su función rectora, en lugar de acomodarse y dejar que unas masas mediocres y mal formadas ocupen su lugar.

Mill considera que hay dos conceptos de civilización: uno general, como lo opuesto a un estado de barbarie o salvajismo, y otro más concreto que se refiere a la mejora humana en algunos ámbitos concretos. En esta obra, Mill se ocupa del primero. Entiende que la civilización es algo positivo en sí mismo, si bien hay algunos aspectos que no es capaz de afrontar o cubrir con éxito.

Para definir su concepto de civilización, Mill lo opone al estado de las tribus “no civilizadas”, esto es, ausencia de nomadismo y residencia en núcleos fijos (pueblos y ciudades); desarrollo de la agricultura, el comercio y la manufactura; presencia de organización, actuaciones colectivas y socialización entre individuos; y existencia de la ley y la justicia, que garantizan la seguridad a los individuos y permiten mantener la paz en la comunidad, reduciendo la reclamación de los intereses individuales de manera violenta. Con todos estos elementos presentes, es cuestión de tiempo que una sociedad se desarrolle.

Mill ve una serie de consecuencias políticas derivadas de este progreso hacia la civilización. Así, el poder pasa, progresivamente, de los individuos a las masas, por lo que la importancia del individuo decrece. Para Mill, hay dos cosas importantes para los seres humanos: la propiedad y “*los poderes y adquisiciones de la mente*” (p. 145), es decir, la inteligencia. En un primer momento, estos elementos están en manos de una minoría, pero conforme una comunidad se “civiliza”, más se reparte entre sus miembros. Así, su importancia se diluye entre las masas y el poder pasa a sus manos. Esto hace que sea imposible sostener un sistema político basado en instituciones que ya no representan a esas masas. Al ser la masa el poder dominante, también está destinada a serlo en el Gobierno (y en cualquier otro ámbito) a través de la democracia. Resistirse ante eso es estar expuesto a que el poder dominante de la sociedad, es decir, el poder de las masas, “*termine abriéndose paso hasta tener en sus manos el gobierno, por las buenas o por las malas*” (p.155).

Por otra parte, el poder de cooperación entre los miembros de la sociedad aumenta a medida que se “civiliza” y se afianza la búsqueda

de un objetivo común, aún con la consiguiente pérdida de libertad individual que conlleva. La cooperación, según Mill, se desarrolla con la práctica y, para hacer ver sus ventajas a quienes aún no la han practicado, es necesario mostrar sus beneficios de forma real.

Para Mill, frente al imparable y deseable avance de la democracia, hay dos opciones posibles:

Si se piensa que las masas están preparadas para asumir el control de sí mismas, apoyará su ascenso o, al menos, se abstendrá de frenarlo.

Si, por el contrario, se piensa que no están bien preparadas para la tarea, se esforzará por prepararlas lo mejor posible para ella. Al mismo tiempo que prepara a las masas, debe fomentarse la educación y el carácter de las clases ilustradas (que son, además, las más pudientes) para que pueda guiarla e influir en ella de manera positiva. Esto sería beneficioso, según Mill, para que la democracia fuera asentándose de manera pausada, con menos margen de error, en lugar de ser implantada de forma brusca. Mill reprocha, en este sentido, la poca altitud de miras de los políticos conservadores que, lejos de cooperar, tratan de retrasar y frenar el avance de la democracia, no con la intención de preparar mejor a las masas para que puedan ejercer la democracia de mejor forma, sino por su propio beneficio.

En cuanto a las consecuencias morales del avance de la civilización, señala Mill dos ámbitos donde se da esa influencia.

El primero de ellos es la influencia directa de la civilización sobre el carácter individual. Fruto de este cambio, se da lo que Mill denomina la *“relajación de la energía del individuo”* (p.160). Mientras que en un estado salvaje la seguridad personal del ser humano depende exclusivamente de su energía física e intelectual para sobrevivir y proteger a su familia (también para defender su libertad), en un estado civilizado obtiene una protección extrínseca a través de instituciones como el ejército, la policía o la justicia, y gracias también a una mayor educación. Así pues, debe concentrar su energía en otras tareas: el deseo de riqueza o engrandecimiento personal, la filantropía y el amor a la virtud activa (p.160). El primero de ellos lo considera Mill el único universal y, dado que de la riqueza se deriva la satisfacción del resto de incentivos, es el que con más ahinco se persigue. Puesto que las clases altas lo tienen satisfecho, carecen ya de energía, mientras que la clase media centra todos sus esfuerzos en alcanzarlo.

Existe, además, una mayor sensibilidad ante el sufrimiento y el dolor humano. En un estado más civilizado, sus individuos se absten-

drán de causar dolor y sufrimientos a otros y menos querrán sufrirlo. Este alejamiento del dolor conlleva que, en las clases más ricas, se haya extendido un sentimiento más humanitario, dejando de lado el concepto de lo heroico. Les reprocha Mill a estas clases opulentas el hecho de que no sean capaces de sacrificarse y que eviten la confrontación y la lucha constantemente.

Así mismo, se da una reducción de las conductas inapropiadas. Con el aumento de la educación y el conocimiento, la represión hacia las conductas viciosas también es mayor, dado que se pone a un mayor alcance de individuos la capacidad de discernir más justamente entre conductas buenas o malas.

La otra gran consecuencia, es la reducción de la importancia del individuo en favor de las masas. En esta nueva organización social, Mill señala que ya no importa tanto el carácter individual y las acciones de cada uno, sino lo que aparenta ser. Es decir, el individuo, para hacerse un hueco entre la masa, debe “venderse” y hacerse ver. No puede esperar que otros lo conozcan tal y como es y ganarse una reputación personal acorde a su carácter real. Repercute esto en los negocios, donde el comerciante, si quiere tener éxito, no puede confiar en la calidad de sus productos, sino en saber venderlos, aunque tenga que caer en la mentira o el fraude. De esta forma, ya no es posible determinar si el fracaso de un negocio es causa o no de buenas o malas acciones, con la consiguiente reducción de la eficacia de la opinión pública.

Se pregunta Mill si todas estas consecuencias son inevitables. Su respuesta es que no lo son, siempre y cuando sepamos darles respuesta de manera adecuada.

Para corregir la reducción de la importancia del individuo en favor de las masas Mill propone fomentar y mejorar la asociación entre individuos. Ello debe hacerse progresivamente y, en el ámbito económico, caminar hacia el asociacionismo, bien sea un grupo de trabajadores en manos de un capitalista rico, bien sea en manos de una asociación de capitales más pequeños a través de una sociedad anónima. De esta manera, en lugar de tener un gran número de comerciantes y productores con escasos beneficios, tenemos grupos que pueden sacar mayor rendimiento a su trabajo y capacidades y, al mismo tiempo, permitirá mantener la libre competencia. Señala Mill que este espíritu de cooperación es aún más necesario cuando nos referimos a clases profesionales e intelectuales.

También cree necesario establecer instituciones nacionales de educación y formas de gobierno que estimulen el carácter individual, especialmente, de las clases más instruidas y opulentas. Mill dirige aquí sus críticas, especialmente, hacia las universidades (más aún, hacia las inglesas Oxford y Cambridge). Cree que estas solo persiguen como objetivo que sus titulados obtengan una buena carrera social, sin preocuparse de formar grandes mentes, ni de incitar a la búsqueda de la verdad, así como tampoco de proveer las herramientas y medios para hacerla posible. No se les enseña a pensar por sí mismos (de hecho, se les incita a asumir una serie de dogmas), si no que se centran en una serie de conocimientos prácticos orientados al mundo laboral. Con este sistema universitario es imposible producir grandes pensadores.

Concluye Mill su obra afirmando que las únicas motivaciones que ha traído consigo la civilización son la reputación y la importancia y que el camino hacia la mejora social es conseguir que dichos factores estén cada vez más ligados a los méritos personales.

Así pues, queda patente a lo largo de estas dos obras de Mill parte de su pensamiento político, económico y social. Además, es posible concluir afirmando que Mill no pretendió un acercamiento al socialismo en el sentido de abrazar sus preceptos sin más, sino que quiso darle la oportunidad de ser escuchado, analizado y tenido en cuenta.

José Manuel Fernández Barreiro
Facultad de Humanidades y Documentación
Universidad de A Coruña
España
e-mail: <humjfb00@udc.es>